



Me dispongo a la oración con estos textos

“ Se puede empezar a decir, sin demasiado escándalo, que el Mandamiento Nuevo de Cristo tiene más importancia para el cristiano que el decálogo de Moisés.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.I., 154

“ El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día. No es posible conformarse con lo que ya se ha conseguido en el pasado e instalarse, y disfrutarlo como si esa situación nos llevara a desconocer que todavía muchos hermanos nuestros sufren situaciones de injusticia que nos reclaman a todos

–Fratelli tutti, 11

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Si nos fijamos bien en la respuesta de Jesús en el evangelio de este domingo, el primer mandamiento es la escucha: «Escucha, Israel». Ponernos a la escucha para percibir que Dios es el único Señor y que el mismo amor con que le amamos ha de pasar por el amor al prójimo. Es la virtud de escuchar lo que nos permite sentir a Cristo en cada persona, y amar.

Me pongo hoy a la escucha, de Dios, de las hermanas y hermanos, de la creación y de la vida. Me pongo a la escucha para reconocer a Cristo en todo. Me pongo a la escucha para amar y servir.

Bautiza mis sentidos

*No amanezcas, Señor,
que todavía mis ojos
no aprendieron a verte
en medio de la noche.*

*No me hables, Señor,
que todavía mis oídos
no logran escucharte
en los ruidos de la vida.*

*No me abracés, Señor,
que todavía mi cuerpo
no percibe tu piel
en los saludos y la brisa.*

*No me endulces, Señor,
que todavía mi garganta
no saborea tu ternura
en medio de lo amargo.*

*No me perfumes, Señor,
que todavía mi olfato*

*no huele tu presencia
en el olor de la miseria.
¡Bautiza mis sentidos
con el lento discurrir
de tu gracia encarnada
fluyendo por mi cuerpo!*

(Benjamín González Buelta, sj)





Hoy me dice LA PALABRA...

Mc 12, 28b-34. Con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser.

Un escriba que oyó la discusión, viendo lo acertado de la respuesta, se acercó y le preguntó: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?».



Respondió Jesús: «El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que estos».

El escriba replicó: «Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otra ruera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios».

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo: «No estás lejos del reino de Dios». Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Durante muchos siglos los cristianos, especialmente los católicos, hemos venido confundiendo conceptos: lo bueno, lo conveniente, lo correcto, lo cívico, lo adecuado, lo importante, lo irrenunciable, lo único... No significan lo mismo. Lo bueno, conveniente, adecuado o importante... está bien, pero no es lo irrenunciable, ni lo único. Aquello puede darle matices y colores a nuestro ser y nuestro hacer, mientras que lo verdaderamente importante por irrenunciable es lo que hace que seamos lo que estamos llamados a ser, y hagamos lo que realmente tenemos que hacer para vivir en la fidelidad evangélica al amor de Dios.

Dicho de otro modo, si dejamos de cumplir alguno de los mandamientos de la ley de Dios o de la Iglesia, tendremos que revisar nuestra vida, nuestra actuación, y ver por qué y qué necesitamos ajustar. Si dejamos de lado el mandamiento nuevo de Jesús, podemos ser buenos ciudadanos,



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXXI Domingo del Tiempo Ordinario • 31 octubre 2021 • www.hoac.es

75
años
HOAC
1946
2021

personas respetables, generosas... pero nos faltará lo único que nos hace cristianos, que es acoger el amor de Dios en nuestra vida «con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todo nuestro ser, y vivir toda nuestra vida desde ese amor siendo los prójimos de las personas con quienes la compartimos». El mandamiento del amor es el núcleo y la síntesis de todos los demás preceptos. Ya decía san Agustín aquello de «ama y haz lo que quieras».

Jesús no puede mostrarse más radical en este tema. La gloria de Dios es que el ser humano viva, y viva con dignidad, con la dignidad de ser hijo de Dios. Y la verdadera vida digna solo puede pelearse por amor.

Podemos vivir los mayores compromisos, tener las ideas más progresistas... si no nos mueve el amar a Dios con todo nuestro ser, y al prójimo como a nosotros mismos, porque reconocemos en él a Cristo, ni la idea ni el compromiso nos hará cristianos y, posiblemente, tampoco ayudará a vivir esa plenitud de la dignidad al otro.

El amor a Dios y al prójimo no es una idea, no es una convicción. Es una experiencia, es algo que solo se conoce y experimenta si lo hacemos vida, cada día, en cada circunstancia que vivimos. Nuestro amor solo puede surgir de la experiencia de sabernos y sentirnos amados por Dios.

Por eso, cultivar esa experiencia, hacer posible esa vivencia, es lo que nos va acercando al reino de Dios. Por eso nuestros compromisos solo pueden ser expresión del amor, incluso a los enemigos.

Vivir el mandamiento nuevo, el mandamiento del amor, configura una existencia en integridad. No se trata de hacer cosas, sino de ser al modo de Dios en todas las dimensiones de nuestra vida: «con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser».

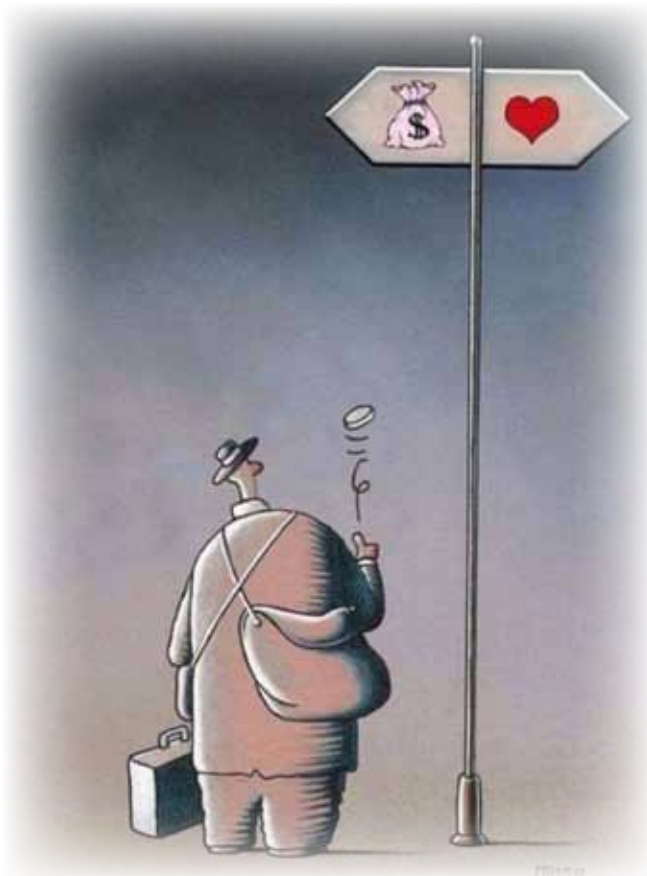
Y, sobre todo, poner nuestro amor, y nuestra existencia, en aquellos que Dios ama de manera más tierna y cuidadosa: los empobrecidos. Escuchar su clamor es lo que nos permite escuchar a Dios. Acoger su clamor, nos permite acoger la llamada de Dios. Amarlos es lo que puede hacer real nuestro amor a Dios.

Mi proyecto de vida solo puede sostenerse sobre la vivencia cotidiana del mandamiento nuevo del amor. ¿Cómo seguir asentando mi vida en esta experiencia?





Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre



Llamada

Ahí estás, Jesús, pasando por nuestras calles. Saliéndonos al encuentro desde tantos lugares inesperados. En el semáforo, en la oficina, en las aulas, en una cafetería... Te asomas cada día a la pantalla de nuestro ordenador, en forma de canción, de poema, de testimonio.

Nos llamas, en las noticias, que llegan a diario, hablando de amor, de guerra, de necesidades, de sueños, de pecado, de resurrección. Eres grito, y dices nuestros nombres, mi nombre: Pilar, Paco, Angelines, María Dolores, Germán, Teresa, Guillermo, Tomás, Eugenio... y en tu voz hay urgencia, y cariño, y la convicción de que quieres ofrecerme lo mejor para la vida: un sentido, una causa, y mucha gente con la que compartirla.

Y me dices: «Sígueme». Y yo quiero seguirte, aunque no siempre sé cómo. Seguirte en la forma en que gasto el tiempo. Seguirte, al buscar espacios

donde escuchar tu palabra o compartir tu mesa. Seguirte, compartiendo el camino con otros que también te siguen. Seguirte, con la toalla ceñida a la cintura, para servir, como tú.

Seguirte, haciendo del amor, tu amor, mi única bandera...

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas,
nuestras alegrías y nuestras penas...

Concédenos, como a nuestros hermanos de trabajo,
pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.